Sostenerse en el límite, cruzar el límite. El Beato Tito Zeman mártir y la actualidad de su mensaje

Don Tito Zeman (1915-1969), salesiano eslovaco, vivió con radicalidad evangélica su vocación sacerdotal hasta el martirio. De niño experimentó la prueba de la enfermedad y, curado por intercesión de María, maduró la decisión de consagrarse a Dios entre los Salesianos. Obstaculizado por la familia y las circunstancias, entró de todos modos en la congregación y fue ordenado sacerdote en 1940. Durante la persecución comunista en Checoslovaquia, arriesgó su vida para acompañar clandestinamente a numerosos clérigos y sacerdotes más allá de la frontera para que pudieran continuar su formación y recibir la ordenación. Traicionado y arrestado en 1951, sufrió torturas y 13 años de durísima prisión, viviendo el dolor como ofrenda de amor. Su fe hizo renacer a muchos compañeros de celda e incluso a algunos perseguidores que, arrepentidos, pidieron perdón. Beatificado en 2017, don Tito deja un mensaje muy actual: la libertad se custodia en la fidelidad a la conciencia, la verdad se defiende con amor y la vocación se realiza donando la vida por los demás.

1. Perfil biográfico sintético de don Tito Zeman

1.1. El límite confiado: Tito de la enfermedad a la curación

¿Quién es don Tito Zeman?

Nace en Vajnory, pequeño suburbio agrícola a las puertas de Bratislava, el 4 de enero de 1915, primero de diez entre hermanos y hermanas. A menudo enfermo, en la primavera de 1925 es repentinamente curado por intercesión de María Santísima, después de haberse confiado a ella y haber pedido a los peregrinos que se dirigían al Santuario de la Virgen de los

Dolores de Šaštin que oraran. Tito había prometido a María que, si lo curaba, «se convertiría en su hijo para siempre», incluyendo en esta simple fórmula un firme propósito de consagración. En Šaštin, el año anterior habían llegado los hijos de don Bosco, y el razonamiento del niño Tito es: «Me ha curado la Madonna venerada en Šaštin. Allí viven los Salesianos. Por lo tanto, la casa de María es la casa de los Salesianos. Entonces, yo también seré Salesiano».

Don Tito había experimentado el límite (de la salud) y lo había superado confiándolo (a María).

1.2. El límite derribado de un golpe: Tito y la conquista de la vocación

Tito nunca había mencionado una posible vocación. Los padres y el párroco se oponen firmemente y lo ponen a prueba durante dos años. Cuando finalmente una tía lo acompaña a Šaštin, incluso intenta acordar con el entonces director de la obra, don Josef Bokor, para que presione al niño para que ceda. Los Zeman eran muy pobres, asustados por el gran compromiso económico que requerían los estudios para el sacerdocio.

Don Bokor desafía a Tito. Le recuerda que sería el más pequeño. Que el lugar estaba cerca de un pantano y que había que lavarse con agua fría. Que cuando tuviera ganas de llorar, no habría mamá para consolarlo. En ese período, el pequeño Tito estaba muy delgado, aún un poco frágil. Quizás parecía menos de sus 12 años. No provenía de obras salesianas, no conocía a don Bosco. Para don Bokor, era un niño salido de la nada.

Sin embargo, Tito es inamovible. A un atónito don Bokor le responde: «¿Qué dice? Es cierto, aquí no tendré a mi mamá terrenal, pero está la Virgen María, la Madre de las madres»: ella le haría de mamá. Finalmente concluye: «Pueden hacerme lo que quieran, ipero llévenme allí!». A los padres llega a decir: «Si hubiera muerto, seguro habrían encontrado el dinero para mi funeral. Les pido que usen ese dinero para mis estudios». Tito ha luchado, ha sorprendido a todos y ha

ganado: será sacerdote salesiano.

Las etapas de su formación lo llevan a emitir los votos perpetuos el 7 de marzo de 1938 en Roma en la Basílica del Sagrado Corazón, y a ser ordenado sacerdote el 23 de junio de 1940 en Turín en la Basílica de María Auxiliadora.

Poco antes de la profesión perpetua, Tito ofrece a Dios algunos años de su vida por su madre, entonces muy enferma y que, tras la oferta del hijo, continuaría viviendo, regalándole además la última hermanita (Františka, nacida en 1939).

Inmediatamente después de la ordenación sacerdotal, debe dejar Italia y regresar a su patria por el drama de la guerra.

El 2 de agosto de 1940, con ocasión de la primera Misa en su patria, se encuentran algunas tortas de pan quemadas por dentro, como de un rojo sangre: el evento es interpretado como un presagio de martirio.

Primero estudiante y luego docente de materias científicas, graduado en Química y en Ciencias Naturales, don Tito enseña. En 1946, el director comunista del instituto hace retirar de las aulas el símbolo de la cruz. Tito, con otros dos, vuelve a colgar los crucifijos (si es necesario pidiendo a los Salesianos que se despojen de los suyos): es un acto de amor hacia el Señor, pero también de justicia hacia los creyentes, a quienes la Constitución en ese momento formalmente aún garantizaba una plena expresión de las libertades religiosas. Es despedido, pero en toda Eslovaquia comienza a ser identificado como el «sacerdote que se ha puesto a defensa de la cruz de Cristo».

Don Tito había experimentado el límite de la oposición y lo había resuelto enfrentándolo.

1.3. El límite previsto y eludido: Tito y los pasos del Morava

Tito tiene la misma prontitud cuando, en 1950, después de la Noche de los Bárbaros (13-14 de abril), todos los religiosos de la entonces Checoslovaquia son internados en estructuras de concentración; los superiores separados de las comunidades de pertenencia; los más jóvenes enviados a casa o

reclutados en los batallones técnicos auxiliares; aquellos próximos al sacerdocio imposibilitados de terminar los estudios en teología para ser ordenados. Entonces Tito, con don Ernest Macák y don František Reves, organiza una valiente empresa para salvar las vocaciones. Don Tito acompañaría a los clérigos salesianos y algunos sacerdotes diocesanos a la parte no soviética de Austria, para luego avanzar con los estudiantes de teología hasta Turín.

Realiza entonces los pasos del Morava, que marca la frontera entre Eslovaquia y Austria:

- entre agosto y septiembre de 1950 (paso del primer grupo);
- en otoño de 1950 (cuando regresa solo a su patria);
- siempre en otoño de 1950 (cuando acompaña al segundo grupo);
- en marzo/abril de 1951 (cuando regresa solo a su patria, entre grandes riesgos y fatigas)- en abril de 1951 (cuando es capturado en la frontera).

En septiembre de 1950, Tito se encuentra en Turín con el entonces Rector Mayor don Pietro Ricaldone: él recomienda prudencia, pero bendice la empresa que Tito hasta ese momento – imposibilitado de pedir una autorización a sus superiores eslovacos, encerrados en conventos de concentración – había entendido como obediencia presuntiva.

En enero de 1951 vive un intenso momento de crisis y conversión, que se revelará decisivo.

En abril de 1951, es capturado – cuando ya podría haberse puesto a salvo – porque había decidido ralentizar para ayudar a algunos sacerdotes fatigados, y había permanecido con los suyos amándolos hasta el final, Buen Pastor que no huye ante la llegada del lobo, sino que da la vida.

Don Tito había intuido el límite y lo había gestionado previniéndolo y eludiéndolo.

1.4. El límite que se hace luz y camino: la “vocación en la vocación”

Digno de especial relevancia se convierte, por lo tanto, el paso no “exterior”, sino “interior” de enero de 1951. En ese momento Tito se encontraba bloqueado en Austria y

sabía que el régimen estaba tras sus pasos. Él, hombre de acción y de iniciativa, ahora se experimenta a merced de situaciones que escapan de su voluntad: invierno demasiado riguroso para intentar cruzar el Morava; situación global de alerta; una guía de confianza, injustamente acusada de robo, aún en prisión; constantes y exasperantes retrasos.

Escribe entonces a su amigo Michael Lošonský-Željar una intensa y dramática carta. Es el 21 de enero y en la carta Tito expresa: desorientación, miedo, duda, fatiga, peso de la tentación. Incluso escribe: «¿y si tú terminas en sus manos [pregunta Tito a sí mismo], podrías pedir la ayuda de Dios, porque tres veces se ha cambiado el plan? ¿No te ha bastado el triple aviso y realmente querías hacer de ti un héroe, como te han dicho los demás, y has pensado que Dios tenía sus planes [...]?»». Tito aquí ha olvidado incluso la fuerza y la gracia de la obediencia al Rector Mayor; ninguna luz brilla dentro de él...

Pocos días después Tito escribe sin embargo a Michael una segunda carta. Es completamente diferente. En ella relata y comenta algunos pasajes extraídos de la Liturgia de la Palabra del día, que él proclamó durante la Santa Misa y se convirtió en intensa experiencia de conversión: sobre todo las frases del Evangelio («no temáis... vosotros valéis más que muchos gorriones») y de la Primera Carta de Juan sobre la obligación de comprometer la vida por los hermanos.

A través de este paso, particularmente sufrido, Tito se confronta con su propio límite (miedo, angustia, duda): lo supera en la medida en que lo confía a Otro, y deja que Su Palabra lea la vida y la convierta. Las lecturas de ese día se convierten en la respuesta a todas las preguntas de Tito; la disolución de sus dudas; la “voz prevalente” que se impone sobre muchas otras voces (también de confraternidad) según las cuales Tito estaba equivocado. Así, durante la novena a Don Bosco de 1951, Tito – siempre fuerte – por una vez se había sentido débil también: había comprendido que los “límites” y las “fronteras” nunca se cruzan en soledad. Lo esperan, después de poco: 13 años en duras cárceles; la concreta

eventualidad de la condena a muerte y luego la definición como *m.u.k.l.* o «hombre destinado a la eliminación»; casi 5 años finales en libertad condicional, siempre pesadamente controlado, acosado y tratado finalmente como conejillo de indias.

Don Tito había superado el límite saboreándolo.

1.5. El límite derrotado desde dentro: 18 años de torturas y vejaciones

Durante toda la parte central de la vida adulta (es decir, desde los 36 hasta los 54 años recién cumplidos) don Tito se ve privado de libertad de movimiento e iniciativa. Está encerrado en las cárceles del Castillo de Bratislava, de Leopoldov, de Jáchymov, de Mírov, de Valdice...

En la terrible “Torre de la muerte” de Jáchymov tritura manualmente la uranita, fuertemente radiactiva y cuyo polvo lo impregna totalmente. Experimenta la terrible realidad de las celdas de aislamiento. Es humillado y golpeado solo porque «es Zeman». Feroces también la desnutrición y las torturas, que para él se renuevan cuando es llamado a testificar en el proceso “Don Bokor y compañeros”: precisamente él, don Bokor, el director que finalmente había tenido que aceptarlo cuando, a los doce años, Tito le había hecho entender, en Šaštín, que su vocación era verdadera...

Tito en prisión construye un rosario personalísimo, donde un simple hilo conecta entre sí pequeños granos hechos de miga de pan. Él fabricaba un grano por cada período de torturas: se convertirán en 58... En prisión vive una profunda identificación con el *Ecce homo*: sin Él, admite Tito, nada le habría sido soportable. Experimenta mientras tanto un grave compromiso cardíaco, neurológico y pulmonar, directamente relacionado con el acortamiento de la vida.

Son 18 años en los que Tito, unido a su Señor, aprende a vencer el límite desde dentro: gana porque Otro vence en él, con él y por él. Dice San Agustín de los mártires: «Venció en ellos Aquel que vivió en ellos».

Tito en estos años comprende que el mal puede agredir el

físico, pero no romper el alma, la adhesión a Cristo, la dedicación a la Iglesia. Así, si su resistencia moral y espiritual (que los perseguidores intentan en vano derrotar, incluso a través de algunas torturas particularmente humillantes) lleva al régimen a arremeter aún más, él experimenta que se puede permanecer libre incluso cuando todo quiere convertirnos en esclavos; que nada está perdido, si en el instante presente se ama. Así, tiene la muerte dentro, pero a los demás logra darles alegría.

Vive con algunos (ortodoxos y protestantes) una intensa experiencia de ecumenismo “de sangre”: «ni siquiera un Concilio», dicen estas personas, «habría logrado reunirnos así». El mal del comunismo que se desata recompone, por lo tanto, – en sus corazones reconciliados – una unidad que otro mal había desgarrado, en los siglos anteriores. La fidelidad de estas amistades acompañará siempre a Tito: él morirá entre los brazos de un padre capuchino que había luchado como él en prisión; en su funeral estará presente el pastor evangélico Dr. Jozef Juráš.

Don Tito había superado el límite habitándolo.

1.6. El límite vaciado y reconciliado: después de la muerte de don Tito

El 8 de enero de 1969, día del nacimiento de don Tito al cielo, había sin embargo como un último límite que derribar: el reconocimiento por parte del perseguidor de su propio error. Tito había perdonado a sus perseguidores desde hace tiempo, manteniendo hacia ellos un heroico silencio incluso en el período de libertad condicional. ¿Pero ellos? A la “Primavera de Praga” ya terminada, el año anterior con el regreso de las tropas soviéticas, parecía que don Tito (y los demás) estaban destinados al olvido: la última palabra sobre su vida quedaba así escrita por el mismo perseguidor.

El curso de los eventos, sin embargo, se vuelve sorprendente en este punto.

Aún en pleno comunismo, en el mismo 1969, un proceso reconoce una primera parte de errores cometidos por el tribunal en la

condena de Tito como “agente secreto / espía del Vaticano” y “traidor”: se admiten fraudes, distorsiones, instrumentalizaciones. El *odium fidei* se vuelve evidente. En 1991, tras la caída del régimen, finalmente se hará caer también el ulterior cargo de “cruce ilegal de fronteras”. Don Tito, por lo tanto, era inocente. Era el mismo régimen que lo había condenado, el que se condena a sí mismo – ya a pocos meses de la muerte de Tito -.

Quedaba sin embargo abierta como una herida entre Tito y los perseguidores.

Los actos procesales ahora confirmaban la inocencia de “Don Tito y compañeros”. Sin embargo, permanecía la oposición y el odio de algunos hacia él y la realidad (es decir, la Iglesia y sobre todo el sacerdocio ministerial) por la que él había dado la vida.

Ocurren entonces dos hechos muy particulares.

El director escolar que en 1946 había causado el despido de don Tito se convierte antes de morir, y muere asistido por los consuelos de los sacramentos.

El juez que había condenado a Tito a «25 años de cárcel dura sin condicional con pérdida de derechos civiles» (pero para él se había pedido por parte del fiscal la pena de muerte, luego excluida «para no crear un mártir») también se convierte y, más tarde, de rodillas en Bratislava, pide públicamente perdón por haber condenado a inocentes: esa veintena de sacerdotes salesianos que Tito había guiado a riesgo de su vida.

Aún el límite más obstinado a superarse, el de la dureza del corazón, es así como “vacío desde dentro” – por la potencia de Dios y el sacrificio de Tito -: se abre al perdón, a la reconciliación y a la paz. Don Tito había vencido el límite desvirtuándolo.

2. Actualidad del mensaje de don Tito Zeman, en diálogo con don Ignazio Stuchlý.

Don Tito ha sacrificado la vida en defensa del sacerdocio. Quería, de hecho, como precisan las fuentes, asegurar a la Iglesia la generación apostólica siguiente,

incluso en tiempo de persecución.

Con su vida perseguida y ridiculizada, don Tito Zeman parece estar muy lejos de esa encarnación alegre y exuberante del carisma salesiano, típica de la forma en que normalmente se presenta. Esto une a Tito con don Ignazio Stuchlý, que a menudo ha enfrentado condiciones difíciles y – en sus cargos de gobierno – siempre ha vivido la fatiga del servicio, llegando literalmente a quitarse el pan de la boca para alimentar a sus hijos.

Ambos viven la dinámica del *caetera tolle*, una dimensión oblativa-victimal que los marca en la dimensión práctica del hacer y del actuar, tan adecuada para ellos: don Stuchlý se ve despojado en más de una ocasión de las obras por las que había dado la vida para edificar; don Tito, en cambio, se ve dolorosamente despojado de la Congregación que amaba, y durante muchos años (esencialmente: desde el arresto en 1951 hasta la liberación en libertad condicional en 1964) experimenta el desgarrador sentido de culpa de sentirse responsable por otros salesianos capturados con él en el “tercer paso” del río Morava.

Estas características de su vida – de esos misterios del dolor que ambos han orado con su propia carne – parecen además alejarlos bastante del contexto actual, que tiende a eliminar las experiencias del dolor y de la muerte y se ilusiona con poder reescribir los requisitos de la vida “digna” cuando esta sea prestacionalmente efectiva y sana; que sufre por nuevas formas de ideología; que asiste – no por requisición sino por declive – a la contracción o al cierre de tantas obras también en el ámbito eclesial.

¿Cuál puede ser entonces – en diálogo con don Stuchlý – el mensaje del beato don Tito Zeman para hoy?

2.1. La fecundidad de una obra no se mide en términos de eficiencia, sino de eficacia.

Tanto don Stuchlý como don Tito vivieron en circunstancias históricas desfavorables. La obediencia llamó a ambos a realizar grandes cosas cuando, según la lógica humana, nada

debería haber sido razonablemente emprendido.

Tito Zeman incluso intenta desmantelar desde dentro el proyecto del régimen comunista de derribar la Iglesia.

Ignacio Stuchlý vive y trabaja en condiciones de precariedad crónica, donde a la rápida floración de las obras salesianas (devida en gran parte a su dedicación incondicional) se alterna el inminente colapso de tales obras bajo la presión de eventos externos. Además, como lo demuestran los Actos procesales, conoció con amplio anticipo – por “esa luz – como argumenta un testigo – que a veces se enciende en las almas de los santos” y que es puro don del Espíritu – que la obra salesiana checa sería dispersada y que él moriría en soledad. Por lo tanto, no solo trabajó en condiciones extremas, sino que trabajó con inmutable dedicación y alegría, a pesar de saber que se avecinaba un final dramático.

Tito e Ignacio enseñan que las superiores exigencias de la obediencia a Dios y a la Iglesia exhortan a actuar, *aunque se prevea que los frutos exteriores de tales obras tendrán una duración breve, o podrán parecer limitados y precarios.*

Tito se compromete en los pasajes sabiendo que le sería imposible salvar a todos o muchos clérigos salesianos: solo a algunos (que él elegía en base a la resistencia física [necesaria para un viaje a pie, a nado a través de la Morava, y en los Alpes austriacos y alto-atesinos entre temperaturas frías] y actitud hacia el estudio).

Don Stuchlý preveía que a algunos jóvenes les faltaría la perseverancia; y observaba cómo los números de la naciente Congregación salesiana en Chequia permanecían, aunque en algunos años prometedores, sin embargo, bajos en comparación con las múltiples exigencias de la Iglesia local.

Sin embargo, ni Tito ni don Stuchlý se dejaron desanimar.

Para ellos, la bondad de una empresa no coincide con su calificada repercusión externa. Como Abraham deja su país confiando, o los discípulos siguen a Jesús sin conocerlo bien, y solo después y en retrospectiva comprenden el porqué de esos gestos, en apariencia irracionales, así Tito y Stuchlý actúan

en un momento de fatiga, de oscuridad, de no plena claridad: no es cierto que la verdad de una búsqueda aparece solo en tiempo de luz meridiana y de iluminaciones interiores. Incluso Tito, como hemos leído, recibe la luz decisiva en enero de 1952 (pero se dedicaba a los pasajes desde el verano de 1951). Tito y Stuchlý, como la esposa del Cantar de los Cantares (significante la Iglesia), se “levantan” y “salen” a buscar «al amado de su corazón» cuando aún está oscuro, sin esperar la evidencia de la plena luz, porque entonces habría sido demasiado tarde. ¿Y no es este método «preventivo» a la manera de don Bosco? Un “método” preventivo que tiene sabor profético, como profunda capacidad de captar los signos de los tiempos.

Hoy, sabemos que muchos de los jóvenes acompañados por Tito se han convertido en sacerdotes salesianos válidos: pero en ese momento eran chicos, incluso un poco indisciplinados y que él a veces tuvo que reprender.

Hoy sabemos que entre los jóvenes seguidos por Ignacio en Perosa Argentina se encontraba un futuro cardenal (Trochta) y otras figuras relevantes para la Iglesia: pero entonces eran jóvenes amontonados en un grupo que no brillaba por ejemplaridad, entre los cuales algunos escapaban de la casa salesiana sin avisar, y en el que otros incluso habían robado las ofrendas en la iglesia.

La eficacia de una obra, así, no necesariamente está correlacionada con su eficiencia o su “sostenibilidad” inmediata.

Tito pronuncia una frase en apariencia bella, en realidad conmovedora y terrible: «Mi vida no será desperdiciada, *si solo uno (si al menos uno)* de los chicos que he acompañado se convierte en sacerdote». Uno solo: es decir, una sola vida, un solo sacerdote, vale 18 años de terribles torturas físicas, psíquicas, morales y espirituales. Y lo vale ampliamente.

¿Somos nosotros – consagrados o laicos de diversos títulos ligados a la Familia Salesiana – capaces de esto, incluso entre los inevitables condicionamientos externos, expectativas y fatigas?

2.2. Hacerse acompañantes de los jóvenes sin sustituirse a ellos en la fatiga de la elección

Don Tito pasó la mayor parte de su vida adulta lejos de los jóvenes: en las cárceles, luchó y sufrió más bien junto a sus coetáneos. Sin embargo, sus pocos años de acompañamiento de la realidad juvenil proporcionan valiosos elementos de discernimiento sobre cómo acompañar a los jóvenes. Brevemente menciono algunos.

– *Los “jóvenes” encontrados por Tito.*

Don Tito estuvo al lado de los jóvenes durante pocos años, pero en una multiplicidad de contextos:

- como asistente;
- como docente de materias científicas;
- como buen deportista que los involucraba en la dimensión del juego (sobre todo en voleibol o ping-pong donde era muy bueno);
- como figura de apoyo cuando los jóvenes Salesianos eran forzados a trabajos forzados en la presa de Púchov-Nosice;
- en los pasajes de la Morava para salvar su sacerdocio;
- como hermano, aunque alineado en un frente opuesto de la historia respecto a ellos: él, sacerdote salesiano, en la cárcel es *torturado sobre todo por agentes jóvenes o muy jóvenes*;
- como testigo sufriente de la fe, en los últimos años, cuando en Vajnory vivía en casa de su hermano y se veía obligado a trabajar en una fábrica, convirtiéndose mientras tanto en un “segundo padre” para sus sobrinos.

Él también encontró personas menos jóvenes en términos de edad, pero “renacidas jóvenes” porque ayudadas a volver a vivir. Por ejemplo:

- los encarcelados, a menudo criminales acusados de delitos graves o incluso asesinos, encontrados en la cárcel: a ellos les lleva el primer anuncio de la fe cristiana. Son creyentes jóvenes porque nunca nadie les había hablado de Jesús, pero Tito y otros sacerdotes tienen el coraje de hacerlo,

desafiando las represalias de los carceleros;

- sus propios perseguidores, algunos de los cuales viven una intensa conversión y por lo tanto “renacen de lo alto”, según la palabra del Evangelio;
- finalmente, todos esos prisioneros a quienes ayuda a acercarse a los sacramentos (en las cárceles la comunión se distribuía, por ejemplo, clandestinamente a la espera de la visita médica, y para acordar las confesiones se recurría a estratagemas como mover la posición del gorro o detenerse a atarse los zapatos); y todos esos otros prisioneros a quienes les regala los porcentajes de margen de su trabajo para que obtuvieran bonos en comida, tan valiosos para la supervivencia y capaces, por lo tanto, de retrasar el declive de las fuerzas.

Respecto a cada una de estas categorías de personas, Tito lleva a cabo una intensa pastoral al estilo salesiano, tanto como docente y sacerdote, como aún en la cárcel, cuando se encuentra último entre los últimos, como don Bosco enviado entre los encarcelados de Turín. Tito es, por lo tanto, un padre que protege, cuida y nutre.

– *“Con” los jóvenes, nunca “en lugar” de los jóvenes.*

En la gran diversidad de interlocutores jóvenes, un dato recurrente distingue la actitud de Tito: él ha *expuesto* su vida para permanecer a su lado.

Sin embargo, nunca, ni siquiera en las situaciones más dramáticas, Tito se ha sustituido a ellos. Su apoyo como educador ha despertado sus conciencias y ha entrenado su libertad. Sin embargo, nunca, Tito ha inducido comportamientos facilitadores, ni ha ilusionado a los jóvenes con una actitud buenista. Tito sabía que una persona se educa ante todo poniéndola frente a las consecuencias – a veces dramáticas – de sus propias acciones.

Así, como docente de materias científicas, guía a los chicos en el razonamiento, pero deja que sean ellos quienes encuentren la solución.

Como deportista, no les permite “ganar fácil”, sino que a través de la dinámica muy seria del juego los desafía para que aprendan a ser hombres, para que saquen a relucir su carácter. Como su apoyo cuando los alcanza en la presa de Púchov-Nosice, Tito se presentaba de civil eludiendo la vigilancia de las guardias al superar los controles: pero nunca usó su habilidad para hacerlos escapar.

Como responsable de los pasajes secretos a través de la Morava, Tito no acepta a cualquier joven, sino solo a los considerados idóneos: aunque rechazar a una persona significaba exponerla a la vida durísima bajo el régimen. Además, Tito informaba a los clérigos sobre los riesgos que corrían – incluido el fusilamiento inmediato – y les imponía, individualmente, reservarse media hora de reflexión orante antes de confirmar su participación en la expedición (¡qué bonito, si – como al recitar el rosario se recuerda a esos «58 granos» – durante la media hora de meditación por la mañana cada uno pensara que en ese lapso de tiempo algunos jóvenes han decidido exponer su vida por amor al sacerdocio y a la Iglesia!).

En la cárcel, Tito es el primero en estar listo para ayudar. Sin embargo, *renuncia* a proporcionar apoyo si ello implica llegar a acuerdos con el régimen. Por ejemplo: es castigado por haber ayudado a un prisionero a hacerse con un lápiz (escribir en la cárcel estaba prohibido); sin embargo, reafirma con coraje su dignidad de sacerdote, aunque esto le cause traslados o represalias, con el consiguiente distanciamiento de las personas para quienes se había convertido en un punto de referencia.

Don Tito, haciendo suya la conciencia que había sido de Edith Stein, ella misma mártir de un régimen totalitario, recuerda que «no se debe aceptar ninguna verdad que esté desprovista de amor, ni ningún amor que esté desprovisto de verdad». Por lo tanto, defiende la verdad, aunque esto implique dejar de amar *sensiblemente* a algunas personas, porque separado de ellas por castigo.

Ya en libertad vigilada, se negaba a estrechar la mano a

personas coludidas con el régimen: no las condenaba, pero evitaba que gestos de aparente amistad hicieran olvidar su desacuerdo por la arriesgada ambigüedad en la que vivían. ¡Querer bien no es ser dulce o condescendiente a toda costa! Tito así, en la medida en que pudo, siempre permaneció con los jóvenes y entre los jóvenes. Sin embargo, nunca tuvo la intención de sustituirse a ellos, ni de ilusionarlos de ninguna manera. Para él, dar la vida por los jóvenes era ante todo ayudar a los jóvenes a convertirse en protagonistas responsables de su vida. Que luego Tito mismo los educara a la normalidad de las persecuciones en la historia de la Iglesia, demuestra cómo los amó sin disimular ningún riesgo ni fatigas. Hoy muchos padres, profesores y educadores creen que perturban a los jóvenes si los exponen demasiado, si interpelan su conciencia con preguntas radicales. Don Tito, con su radicalidad, siempre supo desafiar a los jóvenes: pero también permaneció a su lado, para que no se desanimaran. Y los jóvenes – contrariamente a lo que hoy muchos educadores considerarían – comprendieron a Tito y le estuvieron agradecidos.

¿Recuerdan la media hora de meditación en la que cada uno, antes de partir hacia la Morava, debía decidirse en plena libertad? Pues bien, nadie nunca renunció. Todos siempre eligieron quedarse con Tito...

2.3. Tener el coraje de decir no. Una pastoral vocacional que responsabiliza

Tanto don Tito, mártir por la salvación de las vocaciones, como don Stuchlý, formador de la primera generación de Salesianos checos y en parte eslovacos, han estado involucrados en los desafíos, la belleza y las urgencias de la pastoral vocacional.

Hay un dato que los une. Siempre han llevado a cabo el discernimiento y han acompañado en el discernimiento privilegiando:

- los hechos sobre las palabras,
- las acciones sobre las intenciones,

– los efectos sobre las causas

aunque también han sabido:

– valorar el sentir interior del joven,

– tener paciencia por él impaciente,

– acogerlo de nuevo con los brazos abiertos cuando, habiendo errado, reconocía su error.

Tito había encontrado a don Bokor, maestro en ayudarlo a hacer verdad sobre las fatigas, dificultades y riesgos del “sí”. Ignacio había sido puesto a prueba por el padre Angel Lubojacký.

Las cartas de don Ignacio Stuchlý a los jóvenes – extraídas de las Fuentes Documentales y ya comentadas – demuestran además la gran firmeza del siervo de Dios al respecto: incluso un detalle que hoy a muchos podría parecer irrelevante – la falta de progresión en el rendimiento en latín de un chico intelectualmente dotado – podía volverse importante. Buenas capacidades relacionales, deseo de hacer propias las dinámicas oratorianas y “amor” por don Bosco se volvían palabras vacías, si mientras tanto se pasaba por alto un pequeño deber y se dejaba de ser un ejemplo para los compañeros.

Por el contrario, quien tenía dificultades y necesitaba más tiempo siempre era seguido con particular benevolencia y amor. Los Testimonios relatan el conmovedor caso de Josef Vandík, luego Salesiano sacerdote, que entonces era tan escaso en latín que llegó a desesperar de su futuro. Don Stuchlý entonces lo tomó a pecho y en su propia habitación le daba clases particulares, hasta que se convirtió en uno de los mejores de la clase. Encontramos escrito:

Recuerdo que tenía grandes dificultades para entender el pasivo del verbo latino. Cuando vio mi desánimo, me llevó con él a su habitación; me explicó todo y me animó a no perder la confianza, sino a invocar en cambio al Espíritu Santo. Y yo, consolado, después de un mes estaba siempre algunas lecciones por delante de mis compañeros.

A Stuchlý no le interesaba el rendimiento en “términos

absolutos" (una evaluación en base meramente prestacional le era de hecho completamente ajena): sino la rectitud de ánimo, la sinceridad del corazón y la constancia en el compromiso.

Por lo tanto, tanto Tito como Ignacio, paradójicamente, han acompañado vocaciones calificadas porque han sabido decir "no" a muchos: Tito rechazándolos para los pasajes, Ignacio, por ejemplo, devolviendo a muchos a casa en los delicados años 1925-1927 en Perosa Argentina.

También este es un dato sobre el que reflexionar, a la luz del *Sínodo sobre los jóvenes*, la fe y el discernimiento vocacional. Escuchar a los jóvenes es fundamental: sin embargo, tal escucha no debe degenerar en pasividad. El joven mismo pide ser guiado, si es necesario con palabras firmes y decisiones fuertes. Solo entonces, él tan desafiante, entiende que los adultos hablan en serio, que aquello en lo que creen y por lo que comprometen la vida es digno de fe...: no es casualidad que algunos chicos, alejados de los Salesianos, gustosamente fueran readmitidos por don Stuchlý *porque habían comprendido los errores del pasado*. Pero había sido necesario mostrarles tales errores con cierta firmeza.

2.4. Una aplicación "extrema" del Sistema Preventivo

Tanto Tito como Ignacio han aplicado el Sistema Preventivo de don Bosco de manera, por así decirlo, "extrema". Este sistema consiste en «poner – si fuera posible – al joven en la imposibilidad misma de pecar». Cuando, en pleno siglo XX, las ideologías representaban en sí mismas una estructura de pecado, Tito sacrificó su vida para alejar físicamente a los jóvenes del mal que se avecinaba. Don Stuchlý alentó la fidelidad al carisma incluso cuando era ridiculizado y enfrentado.

Ambos, finalmente, comprendieron que los jóvenes – sedientos de respuestas – no pueden vivir en ausencia de modelos válidos. «Alejarlos del mal» significaba entonces «proponerles un bien, de hecho, todo Bien, el sumo Bien» (para usar las palabras de san Francisco): por eso ambos dan la vida. Tito de manera más rápida, muriendo a solo 54 años. Don Stuchlý

exponiéndose al desgaste de una existencia larga y laboriosa, en la que se le pedía mantener, por el bien de los jóvenes, el ritmo de un joven cuando ya era anciano.

No debe, por tanto, sorprender demasiado las palabras con las que ambos son recordados en el momento de la muerte.

Don Ignacio Stuchlý es comparado con otro san Juan María Vianney y con el profeta Elías, cuyo espíritu ahora es invocado sobre los Salesianos. En el funeral de don Tito, don Andrej Dermek dice:

¡Es posible decir que todo lo que hubo entre su primera Misa y su funeral estuvo lleno de vida sacerdotal, religiosa y salesiana! [...] ¡Creo que puedo, en tu nombre, querido Tito, proclamar que este destino tuyo no lo has rechazado, no has tenido miedo, no has estado descontento! Lo has aceptado con sumisión, en paz y con alegría. ¡Quién sabe qué con tu prematura muerte nos redime! Hay una cosa más que debo decir en este lugar y en este momento: lo que has emprendido no ha sido una aventura, no ha sido inconsciencia ni deseo de clamor. Solo ha sido amor por las almas. Nunca traicionaste a tu pueblo, ni siquiera cuando fuiste juzgado y condenado. No temas, querido Tito. Tu sacerdocio no termina hoy, sino que continúa en el sacerdocio de aquellos a quienes has hecho posible convertirse en sacerdotes. Algunas decenas de sacerdotes salesianos te agradecen por su sacerdocio. Están dispersos por todo el mundo. Y el árbol debe extinguirse para que florezcan los brotes [...] y ese árbol has sido tú, Tito.